LA RUTA DE DAMASCO

ACTO ÚNICO

Saloncillo de modesta apariencia arreglada con artística sencillez. Puertas laterales y en el fondo. Bustos de filipinos ilustres y paisajes nativos tipifican el cuadro. En el centro, un veladorcito de mármol y algunas sillas. Sobre el veladorcito libros, periódicos y una caja abierta de tabacos. Varias estanterías de libros completan el modesto mobiliario. Es una clara mañana de Abril.

ESCENA I

Al levantarse el telón, Loling estará ocupada en aventar el polvo de los muebles, con un plumero, y Mercedes pondrá en arreglo los libros esparcidos en desorden. A poco aparecerá Señora Tomasa, por la derecha.

MERCEDES

Ya son las ocho y no viene tía Irene. ¿No dijiste que vendrá? (A su madre)

SEÑORA TOMASA

Estará aún roncando en la cama, lujo que sólo pueden permitirse las gentes de calidad, a quienes no reza aquello de "a quien madruga..."

LOLING

¿A quiénes más se ha invitado?

MERCEDES

A nadie. Si es una fiestecita íntima. Quizás vengan los "chicos" de "La Integridad."

SEÑORA TOMASA

La gente más charlatana y fastidiosa.

LOLING

Pero, mamá, ¿qué mal te han hecho?

MERCEDES

También le tendremos a Don Florencio. Le invitó Antonio.

LOLING

Es un caballero muy simpático que sabe dar amenidad a la conversación con sus agudezas y chistes de buena ley.

MERCEDES

Como buen español. Es uno de los más íntimos de Antonio.

SEÑORA TOMASA

Y de los más decentes. ¿Recordáis aquel disputadillo que solía venir aquí para que le publicase Antonio sus discursos?

MERCEDES

Ah, sí, ¿te refieres a Don Fermín, mamá? ¿Aquel que, según nos ha

contado Antonio, presentó una vez no sé qué bill, recabando del Gobierno una medida enérgica para impedir el paso de los tifones por las provincias del Norte?

SEÑORA TOMASA

El mismo, el de la minoría, por más señas.

LOLING

¿De edad?

MERCEDES

No, mujer. De la minoría.....conservadora.

LOLING

Tenía todo el aspecto inexpresivo de un sietemesino. Era tan cándido e inocente en sus modales. Hasta su hablar era balbuciente.

SEÑORA TOMASA

Bien, pero aquel infeliz tiene mejor suerte que muchos que por ahí se las echan de cultos, patriotas, directores de la opinión, y otras lindezas por el estilo.

LOLING

Tendrás razón, mamá. Pero, francamente, no puedo envidiarle. (Aparte) ¡Vaya un tipo! (Pausa) Voy un momento al jardín. (Mutis por el fondo).

ESCENA II

Dichas menos Loling.

SEÑORA TOMASA

¿Qué piensas de esa niña? ¿No crees que está enamorada?

MERCEDES

¿De quién?

SEÑORA TOMASA

De cualquiera, de ese Makaraig, por ejemplo.

MERCEDES

No lo sé. Y aunque lo esté, es difícil averiguarlo. La chica es reservada.

SEÑORA TOMASA

Me dice el corazón que esos dos jóvenes se entienden perfectamente. Loling es de carácter idealista, como tú y como vuestro padre, y no será extraño que el otro le haya embaucado con sus majaderías literarias. Pronto hará un año que ese joven viene aquí para darla lecciones de literatura, y la oportunidad ha sido grande. *No sé cómo no he advertido a tiempo el* peligro de esas entrevistas.

MERCEDES

Puede que hayas dado en el clavo. Por mi parte, no abrigo la menor sospecha.

SEÑORA TOMASA

Yo barrunto algo. Hojeaba un día por curiosidad el cuaderno de Dolores, y encontré...

MERCEDES

¿Cartas?

SEÑORA TOMASA

Cartas precisamente no, pero algo que revelaba a las claras las intenciones de ese mozalbete.

MERCEDES

¿Qué era?

SEÑORA TOMASA

Poesías amatorias, cuentos sugestivos que ese jóven escribía en el cuaderno de Dolores para que le sirviesen de modelos literarios.

MERCEDES

Pudo haber sido una simple galantería.

SEÑORA TOMASA

O una indirecta declaración de amor. De todos modos yo he resuelto tomar una medida radical.

MERCEDES

¿Cual?

SEÑORA TOMASA

Suspender esas entrevistas. Ya se lo advertiré a Lolita.

MERCEDES

¿Y si tus sospechas careciesen de fundamento?

SEÑORA TOMASA

Nada se perderia con ello. Habré sido previsora.

MERCEDES

Podria resentirse Makaraig. Después de todo, se ha conducido muy correctamente con nosotros.

SEÑORA TOMASA

El porvenir de mi hija vale mucho más que en resentimiento suyo. Él, que es filósofo, comprenderá que la maternidad es siempre conservadora. No tiene derecho a quejarse.

MERCEDES

¿Y si estuviesen realmente en relaciones?

SEÑORA TOMASA

Sería capaz de todo para separarlos. Deseo el bien de ambos. Juntos, no irán a ninguna parte. Por caminos distintos, es probable que encuentre cada uno su felicidad.

MERCEDES

Realizar un sueño, una ilusión de la vida, es... ser feliz.

SEÑORA TOMASA

¡Esa felicidad es tan efímera! Dura lo que la luna de miel. La realidad siempre triunfa, tarde o temprano. Terminada la luna de miel, esa especie de preludio matrimonial, y normalizada la vida, es cuando se dan cuenta de su equivocación, y comienzan a sentir hastío de la existencia.

MERCEDES

(Displicente.) Verdad. Eso ocurre en todos los matrimonios. La luna de miel es una overtura que no armoniza nunca con el resto de la obra, ha dicho no recuerdo quien.

SEÑORA TOMASA

Y si a las necesidades del nuevo estado no responden los recursos, la discordancia es fatal. Por eso, no seré yo quien recomiende esos matrimonios arreglados por el simple capricho, prescindiendo absolutamente de la conveniencia. El tuyo es un ejemplo elocuentísimo. Te gustó Antonio, porque sabe hablar bien, porque todo el mundo admira su talento, y no te

paraste a examinar si sería después un marido práctico y positivo. Si hubieras escuchado mis consejos, no pasarías hoy tantos apuros.

MERCEDES

(Disimulando su pesar.) Mamá... yo no estoy arrepentida.

SEÑORA TOMASA

Pero tampoco eres feliz. He observado cierta taciturnidad y melancolía en tu carácter, cuando antes no eras así.

MERCEDES

Eso no quiere decir más sino que he tomado la vida en serio. Hoy me preocupa el porvenir de mis hijos.

SEÑORA TOMASA

No valen fingimientos. Yo sé que sientes la dicha escaparse de tus manos y la desilusión te está robando poco a poco la jovialidad y la alegría. Antes de casarte acariciabas la esperanza de que Antonio sería, a la vuelta de dos años, que sé yo, un alto funcionario del Gobierno que se llevara todos los meses una buena tajada del presupuesto. Cinco años ya van transcurridos, y ... todo es uno y lo mismo.

MERCEDES

No he perdido aún la esperanza. Hay mucho tiempo por delante. Antonio es muy joven y le sobran talento y entusiasmo.

SEÑORA TOMASA

(Con ironía.) ¿De modo que esperas que tu marido llegará?

MERCEDES

Cuando tantos peleles han llegado...

SEÑORA TOMASA

Vamos que eres muy cándida, hija mía. Tu marido a pesar de todas sus buenas cualidades, es un espíritu quijotesco que desconoce el secreto del triunfo en las luchas de hoy día. Ahora, el talento es lo de menos. Lo que vale, por ser la clave de todas las conquistas, es la astucia.

MERCEDES

La astucia es una modalidad del talento.

SEÑORA TOMASA

Sea. Pero tu marido es demasiado bueno para ser astuto. Una bondad

rayana en candidez. Figúrate que ha rechazado todas las proposiciones que se le han hecho para ocupar un buen cargo en el Gobierno. Algunas veces me doy en pensar que tu marido no debe de estar en sus cabales. Eso de hacerle ascos, so pretexto de patriotismo, integridad, y demás escrúpulos monjiles, a la fortuna que nos sale al paso, no se le ocurre a nadie que esté en el pleno uso de sus facultades.

MERCEDES

Yo le indiqué una vez que ejerciera la profesión, puesto que ganaría más siendo abogado que urdiendo editoriales y fabricando gacetillas.

SEÑORA TOMASA

Y ¿qué dijo?

MERCEDES

Que nones, que por nada dejaría el periodismo mientras.....

SEÑORA TOMASA

(Interrumpiendo.) No viene la inmediata, no? (Indignada.) ¡Hombre al agua! Tu señor marido tiene que irse a pique. No hay salvación para ese, ni para tí, ni para vuestros hijos! (Mutis izquierda. Mercedes queda pensativa.)

ESCENA III

MERCEDES Y LOLING.

LOLING

(Entra por el fondo, trayendo un "bouquet" de violetas.) ¡Mira qué hermoso! Es para mi simpático profesor.

MERCEDES

(ARRANCADA bruscamente de su abstracción.) Ya te cansarás de esas frivolidades, cuando pruebes la prosa del matrimonio. (Nostálgica.) Yo también hacía lo propio en mis buenos tiempos. Cuando venía Antonio a darme lecciones de literatura, no sabíamos cómo rodear de encanto nuestras entrevistas, más amorosas que literarias. Supongo que haréis lo mismo.

LOLING

(Haciéndose la inocente.) ¿Nosotros? ¡Vaya unas cosas que tienes!

Chica, ya debe llegar mi professor. Son las ocho y media, y es tan cumplido que nunca se ha retrasado de la hora acostumbrada.

MERCEDES

(Burlona.) ¿Y no queréis público? Bueno, enterada. (Mutis derecha.)

ESCENA IV

LOLING Y JACINTO

JACINTO

(Por el fondo.) ¡Buenas días Loling! (Deja el sombrero y el bastón encima de una silla.)

LOLING

(Cariñosa.) Presentí tu llegada. (Acercándose más e él y ofreciéndole el bouquet de violetas.) Toma, para tí. (Con ingenua coquetería.) Espera, te la voy a poner en la solapa. Así. ¿Ves? Estás ahora muy "chic".

JACINTO

(Desatento.) Como un Brumel, gracias. (Transición.) Bueno, siéntate. (Visiblemente preocupado.) Dejémonos, por lo pronto, de literaturas, que tengo que hablarte de un asunto mucho más interesante. Anoche apenas pude conciliar el sueño. Cerraba los párpados, y de improviso me asaltaban horribles pesadillas. Esta mañana desperté con la cabeza abombada y con un humor de mil demonios.

LOLING

(Con ansiedad.) Vamos, explícate, ¡Será alguna genialidad tuya!

JACINTO

No. Es que esta situación nuestra me parece muy violenta. Estamos representando aquí una farsa que, si se descubre, va a ser la ruina de nuestras ilusiones. Por otra parte, confieso que estas entrevistas, en vez de consolarme me exasperan, porque teniéndote tan cerca, siento que estás muy lejos de mí y que una barrera infranqueable nos separa.

LOLING

Pero, ¿tan fácilmente desfalleces? No harán un año nuestras relaciones, y realmente no acierto a explicar tu impaciencia. Por otra parte, toda esperanza entraña un deleite espiritual más intenso y agradable qui-

zas que la misma posesión del bien soñado. Mientras se espera, se es feliz.

JACINTO

¿Y si esa esperanza no se nutre? ¿Y si muere de inanición?

LOLING

No hay razón para que muera. Se la cuidará con amor.

JACINTO

Ten en cuenta, Loling, que todo cambia al correr de los tiempos; sentimientos, ideales, aspiraciones, cerebro, voluntad. Puede venir el desamor, como consecuencia de esos cambios, y entonces, ¡ay del corazón desilusionado! (Transición.) El matrimonio es por lo menos una firme garantía. La armonía conyugal, la paz deliciosa del hogar común, la descendencia, son factores que sirven para afianzar la eternidad del cariño, recíproco.

LOLING

No me disgusta la idea de nuestro matrimonio. Lo encuentro únicamente muy prematuro. Ni tú ni yo lo habremos considerado con el detenimiento que exige la gravedad del asunto.

JACINTO

¿Prematuro? No veo el por qué. Matrimonios hay, concertados por el interés y la conveniencia y el capricho exclusivo de los padres, y no obstante empezar mal, acaban por constituir una sociedad ideal, amable y deliciosa, por los brotes de un afecto nuevo, nacidos al calor de la vida común. De nosotros sé decir que bastante nos queremos y nos comprendemos, para pensar con temor y recelo en la bancarrota del porvenir. (Receloso.) Di de una vez que no me quieres y te repugna toda idea de vivir más cerca de mí.

LOLING

(Apenada.) Jacinto, eres injusto. (Con aparente resolución.) Pídeme un sacrificio.

JACINTO

Sé mi esposa. Deja que realice el más hermoso de mis sueños, un hogar dulce y tranquilo, con la vida entera consagrada al estudio, encontrando, al volver a casa, una boca sonriente que me bese para hacerme olvidar la fatiga, y unos brazos amorosos que vengan a sorprenderme con repentina caricia, mientras esté inclinado sobre el libro o las cuartillas, pensando en la regeneración social y en el triunfo del porvenir. Pero, ya veo que todo esto te es indiferente...

LOLING

Eres cruel, ingrato, muy distinto del que yo creía conocer. Después de ofrendarte un cariño purísimo, me juzgas ruín y ambiciosa.

JACINTO

Pero, ¿de veras tu amor es noble y altruista?

LOLING

Como no abrigó jamás corazón de mujer. No haces más que hacerme padecer con tus genialidades. (Llorosa.) Es que tú no me quieres como yo deseo.

JACINTO

¿No he de quererte yo? Si para mí eres la vida, la gloria, el porvenir, la patria hecha carne, todo lo que es grande, en fin, bajo el cielo venturoso de esta tierra de poetas, de mártires, de sampaguitas y de chiquillas adorables como tú, loquilla, picaruela... (Un ruido de pasos que se acercan impide a Jacinto continuar la letanía de amorosos diminutivos. Asustados, disimula sabiamente su emoción.)

ESCENA V

LOS MISMOS Y MERCEDES.

JACINTO

¡Oh, felicidades, Doña Mercedes! ¡Que sea por muchos años!

MERCEDES

Muchas gracias, amigo Makaraig. Y qué tal, ¿cómo andamos?

JACINTO

De ilusiones, no puedo quejarme.

MERCEDES

¿Y de lo demás?

JACINTO

Así, así, señora. Usted sabe muy bien que nuestra misión, es muy ingrata. La apatía del público y los excesos del régimen nos obligan a movernos dentro de un estrecho círculo de hierro, en una especie de sotabanco donde el aire y la luz de la vida se hallan estancados. Los

periodistas filipinos estamos condenados, como el Sísifo del Mito, a elevar a lo alto de una montaña una roca que incesantemente vuelve a caer por su propio peso al abismo.

LOLING

O como aquellas Danaidas que tenían la estéril misión de llenar de agua un tonel sin fondo.

JACINTO

Lo peor del caso es que ni los nuestros nos ayudan. Todos quieren leer el periódico, eso sí, pero pagarlo, jamás. (Pausa.) Tal cual andan las cosas en este país, dentro de cierto tiempo no habrá aquí ni hombres siquiera...

LOLING

(Ingenuamente.) ¿Qué habrá entonces?

JACINTO

(Burlón.) Ganado lanar, probablemente. (Loling ríe. Mercedes sería.)

MERCEDES

La culpa es de ustedes únicamente, que están empeñados en arreglar lo que ya está bien, o que estando mal, ya no tiene remedio.

JACINTO

Todo tiene su arreglo, señora. Hay que dar tiempo al tiempo. Tenemos entusiasmo, perseverancia, fe en la justicia de los hombres. No le niego a usted que soy un pesimista de la peor marca, pero no puedo menos de tener en cuenta, y al mismo tiempo admitirlo como una gran verdad, que las grandes reformas se incuban siglos y siglos, antes de sobreponerse a las instituciones anacrónicas y caducas.

MERCEDES

Para mí pierden ustedes lastimosamente el tiempo. Creo que es llegada la hora de abandonar toda esperanza. Y cuando se tiene familia numerosa, como en mi caso, ya no se debe pensar en nada que no sea el porvenir de los hijos. La idea de familia es superior a la idea de patria.

JACINTO

Usted peca de insincera, doña Mercedes. Estoy seguro de que lo que acaba usted de decir desentona de sus verdaderas convicciones. ¿No sería usted capaz de mandar a un hijo suyo a la guerra por la causa común?

MERCEDES

No puedo contestarle a usted, porque aun no me he visto en semejante trance, ni espero verme en lo futuro. Son ustedes los jóvenes demasiado impetuosos, y quisieran hacer del mundo un gran campo de batalla.

JACINTO

Nadie puede decir de esta agua no beberé. La paciencia tiene un límite que prolongan o acortan las circunstancias. (Pausa.) Y las sociedades son como los individuous: prefieren a veces el suicidio a una existencia sin amor y sin ilusiones, sin nombre y sin dignidad. La historia está llena de ejemplos. (Pausa.) Si se hallara usted en ese compromiso, puedo asegurarle que el grito imperioso del deber, exigiéndole un sacrificio por la salud de la madre patria, ahogaría la voz del afecto que protestara contra la separación.

MERCEDES

Eso lo dice usted, porque no comprende lo que es el amor que una madre profesa a sus hijos. El amor maternal es la quintaesencia de todos los amores. Es el único amor que sobrevive a la ingratitud del ser amado.

JACINTO

(Con galantería.) No quiero insistir, porque...

MERCEDES

Porque soy mujer y no me concede usted beligerancia, ¿no es eso?

JACINTO

No es esa la razón, señora. No quiero insistir, porque nunca llegaremos a un acuerdo. Representamos intereses encontrados.

LOLING

(Conciliatoria.) No veo la incompatibilidad de ambos intereses. Las ideas de patria y familia, no sólo no se excluyen, sino que se complementan. Un hombre sin hogar es un desdichado, pero un hombre sin patria es un... un judío errante.

JACINTO

Cierto. Ahora, con permiso de ustedes. Voy a ver a mi Director. (Mutis izquierda.)

ESCENA VI

MERCEDES Y LOLING

LOLING

Dí, Mercedes, con que viene al fin tía Irene? (Con ironía.) ¿A qué deberemos el honor de esta anunciada visita?

MERCEDES

Por mi cumpleaños.

LOLING

¡Ca, mujer! No lo creas. Apuésto que será para meterse en cosas que a ella no le van ni le vienen y comentar la vida ajena. Esas son sus ocupaciones favoritas.

MERCEDES

No hables así. Después de todo, tía es muy virtuosa.

LOLING

¿Virtuosa, dices tú, porque la ves ir de Ceca en Meca so pretexto de misas y conferencias religiosa, para lucir trapos, suscitar envidias y después volver a casa con tantas indulgencias para su persona como reparos para las demas? Vamos, que eso, a mi juicio, será todo menos virtud. ¡Dios mío, qué embudo maneja la buena señora! Es un olor a santidad del que hay que taparse las narices.

MERCEDES

Muy caritativa, lo es... Eso no me lo negarás.

LOLING

¡Ay, Mercedes! Enseña la moneda y la suena, pero no la distribuye.

MERCEDES

¿Envidia o caridad? (Pausa.) ¡Déjala! ¿Qué nos importa a nosotras que haga mangas y capirotes de su fortuna?

LOLING

Debía importarnos. Desentenderse es egoísmo. Una excesiva avaricia aumenta más la aflicción de los que se debaten en la miseria y saben que hay tanto oro despiadado y escondido. (Se oye la bocina de un automóvil.) Ha parado el auto. Debe ser ella. Ya estoy nerviosa. (Se oyen fuertes

taconazos y palabras ininteligibles dichas en voz alta.)

MERCEDES

¡Chist, que viene!

ESCENA VII

LAS MISMAS Y DOÑA IRENE.

MERCEDES

¡Dichosos los ojos que la ven, tía! ¿Por qué tan tarde? (Se acerca para besarla la mano, Loling le imita de mala gana.)

DOÑA IRENE

Vengo de oir cuatro misas y un sermón. ¡Cuidado que era un mamarracho el tal predicador! Apenas pude aguantarle.

LOLING

Son demasiadas misas.

DOÑA IRENE

¿Quieres que yo sea como tú, que ni te acuerdas de santiguarte al requerir y abandonar la cama?

LOLING

Tía, no diga usted eso, que también tengo mis devociones. Los domingos y días de precepto no dejo nunca de ir a la iglesia.

DOÑA IRENE

¿Para curiosear y exhibirte, no? Las jóvenes van a misa para ver a sus novios, y los pollos para charlar en el atrio y ver el desfile de las muchachas, y unas y otros para estar tosiendo durante la santa misa, como si fueran tísicos en tercer grado. El domingo pasado la iglesia parecía un sanatorio.

MERCEDES

(Impaciente.) ¿Con qué me obsequia usted, tía? Hoy es mi cumpleaños.

DOÑA IRENE

Ya lo sé, hija. Yo no me olvido nunca de las buenas sobrinas. Ya traerán más tarde el regalo: una tonelada de sorbete. (Mercedes disimula su

disgusto ¿Y Antonio? ¿Donde está el tunante ese que no hace mas que atacar a mi marido y al Gobierno entero? Dile que se limpie los ojos de esas telarañas del patriotismo que le impiden ver el verdadero aspecto de la vida. Patricio me dice que sus compañeros, después de leer algunos de esos desplantes de "La Integridad," llegan a tener un apetito voraz, como si tales censuras fueran aperitivos.

LOLING

Sí, ¿eh? Pues, se necesita frescura.

DOÑA IRENE

(A Loling, burlona.) Poco a poco señorita, que usted no entiende nada de esas cosas. (A Mercedes.) Con que dí. ¿por donde anda Antonio?

MERCEDES

En su cuarto, de cháchara con su compañero Makaraig.

DOÑA IRENE

¿Quién es ese Makaraig? Parece que no le conozco.

MERCEDES

¿Cómo no va usted a conocerle, si ya le ha saludado aquí varias veces?

DOÑA IRENE

¡Ah! ¿Aquel joven que parece un petimetre, que usa gafas y arrastra siempre un bastón? Ya le recuerdo.

LOLING

El mismo. Pero no es petimetre. Es muy correcto.

DOÑA IRENE

¡Qué joven más cursi! ¿Por qué llevará tantos chismes consigo? No se os ha ocurrido alguna vez preguntarle de qué le sirven sus lentes y su bastón? Es demasiado jóven para que vaya con cayado y se atormente la nariz con los espejuelos.

MERCEDES

Hasta ese extremo no ha llegado nuestra intimidad. Se conduce aquí con mucha corrección y le correspondemos en la misma medida, guardándole consideraciones.

LOLING

(Con picardía.) Yo sí que se lo he preguntado, tía.

DOÑA IRENE

(Guiñando maliciosamente un ojo.) Tendrás más confianza con él, porque es tu profesor de literatura. Vamos, ¿y qué te ha contestado?

LOLING

Nada de particular. Que así como los demás miran por encima del hombro, él, para no ser menos, mira al través de sus dos cristales.

DOÑA IRENE

Conformes. ¿Y el bastón?

LOLING

Para agrandar el ruido de su personalidad. Por eso lo lleva arrastrando.

DOÑA IRENE

Tiene salidas de tono el mozalbete. Quisiera verle. Me va interesando.

MERCEDES

?Quiere usted que le pase aviso?

DOÑA IRENE

No, más tarde. Deseo hablar antes con tu madre.

LOLING

Iré a avisarle. (Mutis derecha.)

ESCENA VIII

DOÑA IRENE Y MERCEDES

DOÑA IRENE

¿Qué ocurre en esta casa? ¿Otra vez sin dinero y una infinidad de compromisos? Lo cierto es que con esos dichosos periodistas, tu difunto padre y tu señor marido, vivís a la buena de Dios y... de esta tía, que puede ser lo mala que queráis, pero que siempre os ha tendido la mano en los instantes más difíciles.

MERCEDES

(Molestada.) Tía, no sé nada. Pero si es que le ha mandado llamar mamá, no será por cuestión de dinero.

DOÑA IRENE

No me digas eso, que nunca saldréis de vuestro atolladero, mientras el tonto de tu marido no entre en razón.

MERCEDES

Antonio trabaja todo lo que puede para sostener las cargas de la familia. Pero ¡cómo ha de ser! No tenemos suerte ni él ni yo. Y ciertamente me extraña que, siendo Antonio un hombre talentoso y lleno de arrestos, no hayamos cambiado hasta ahora de situación.

DOÑA IRENE

Los tontos nunca llegan a tener buena estrella. Y tu marido es un solemnísimo tonto, porque teniendo el talento que tiene, no lo dedica a otra cosa mucho más práctica y productiva. Tú recordarás que hace dos años Patricio, vuestro tío, le ofreció un buen hueco en el Gobierno con 500 pesos mensuales, a condición de abandonar completamente la política y el periodismo y no poner en solfa a los altos funcionarios del Gobierno, y el guasón de Antonio tuvo el buen humor de rechazarlo, alegando no sé qué supremos intereses del país y otras cosas por el estilo.

MERCEDES

Varias veces le he insinuado algo de eso, pero siempre me ha contestado que, bajo un gobierno propio, hasta sería capaz de intrigar por una canongía substanciosa, pero que bajo este régimen renuncia de buena gana a todo linaje de prebendas.

DOÑA IRENE

¿Ves cómo está guillado? Pero la culpa la tienes tú que eres pan sin sal y no te atreves a decirle que esto debe ser así y que si él no se enmienda, os dejará como vergonzoso patrimonio la miseria, y vuestros hijos quedarán condenados a morir en el presidio o en el hospital, destino probable de todo el que no tiene dinero ni profesión.

MERCEDES

Antonio es muy bueno conmigo y siempre me ha encarecido el respeto a sus opiniones. Ya sé que no va por buen camino, yo misma desapruebo su conducta, pero ¡cómo ha de ser!

DOÑA IRENE

¿Por qué no te miras en mi ejemplo? No se dará hombre más serio y respetable que mi marido, y sin embargo, ya lo ves, me tiene tal miedo que algunas veces me mueve a lástima.

MERCEDES

Antonio tiene un carácter muy independiente.

DOÑA IRENE

Entonces no puedo remediar vuestra miseria. Perseverad en esa vida majadera. Pero, no acudáis a mí jamás en demanda de piedad, porque sería inútil. No puedo ayudar a los soberbios. (Pausa.) Bueno, bueno, pasemos a otra cosa: ¿qué quería de mí tu madre?

MERCEDES

Sospecho que se trata de Lolita. Mamá piensa casarla con el usurero potentado Don Félix, y querrá contar con el consejo y la ayuda de usted.

DOÑA IRENE

(Dándose importancia.) ¿Mi consejo? ¡Pero si en esta casa predico en desierto! Bien, y ¿qué dice la chica? ¿Está conforme con el deseo de su madre?

MERCEDES

Trabajillo costará a ustedes convencerla. Es todo un carácter. Además tiene un novio a quien parece apreciar mucho: el Sr. Makaraig, ese joven de quien hablamos hace poco.

DOÑA IRENE

¡Otro periodista! ¡Válgame Dios! Todas las mujeres de esta casa se han vuelto locas. Pero, ¿a dónde vais a parar con tantos periodistas? ¡Qué gente, Dios mío, qué gente! (Pausa.) Bueno, pues, manos a la obra. Que venga pronto esa chiquilla. Ya veremos quien puede más. Si su geniecito terco y voluntarioso, o la mujer experta que ha medido las pequeñeces del mundo desde lo alto de la Torre Eiffel, saboreado la cocina de la Casa Blanca, besado las sandalias de Su Santidad, y ha sido vencedora en las situaciones más difíciles. (Loling aparece por la derecha.)

MERCEDES

Ahí viene. ¿Me voy?

DOÑA IRENE

Sí, déjanos solas.

ESCENA IX

DOÑA IRENE Y LOLING.

DOÑA IRENE

(Melosa.) Ven acá, hija, tenemos que hablar. Siéntate aquí.

LOLING

(Sentándose.) Usted dirá; a su disposición estoy.

DOÑA IRENE

Bueno. Basta de ceremonias y hablemos. Cuidado con ocultarme nada de lo que te voy a preguntar. Lo sé todo.

LOLING

(Algo nerviosa.) ¿Qué es lo que sabe usted?

DOÑA IRENE

Que tú y ese joven Makaraig os comprendéis. Mira que nadie se burla de mí. ¡Ni tú, ni ese gacetillero! ¿Lo entiendes?

LOLING

Pero, ¿quién se burla de usted?

DOÑA IRENE

No me negarás que ese viene por algo más que a enseñarte literatura.

LOLING

Usted dirá. Yo no sé nada.

DOÑA IRENE

¿Te empeñas en ocultarme la verdad? Mira que no soy como tu madre que sabe tolerar caprichos. Tú conoces mi carácter. Vamos, dí, ese Makaraig, ¿no es tu prometido?

LOLING

Se lo juro a usted.

DOÑA IRENE

No, no jures, que es pecado. Di sí o no, como Cristo nos enseña.

LOLING

(Sin inmutarse.) Pues, no.

DOÑA IRENE

¡Qué geniecito me gasta la señorita! (Con melosidad.) Vamos, no seas ingrata, hija, que tu tía siempre te ha querido mucho.

LOLING

Lo tengo en cuenta. No sé olvidar favores.

DOÑA IRENE

¿Tú sabes muy bien que no tengo herederos forzosos, y con mi dinero soy capaz de hacer feliz a cualquiera, a tí, por ejemplo.

LOLING

Ya soy muy feliz, tía. Gracias por su buena voluntad que jamás he puesto en duda.

DOÑA IRENE

Déjate de cursilerías, que ninguno que esté en juicio ha rechazado hasta ahora el dinero.

LOLING

Si me lo dan "gratis et amore," no lo habré de rechazar; pero si es a trueque de sacrificar alguna convicción, bien puede quedarse don Dinero en las arcas de quien le rinde culto.

DOÑA IRENE

¡Basta de gramática parda! Echo en tí de menos esa virtud, que es la que hace la felicidad: la obediencia a los consejos de los mayores. Vamos, hija, no desoigas la voz de la Providencia representada en esta tierra por los padres y los tíos. Olvida esos amores frívolos que labrarán tu propia ruina. No debes casarte con un periodista que no puede vivir en paz con nadie, porque tiene la lengua muy larga.

LOLING

Por mi parte, ni con el Nuncio. No me tira el matrimonio.

DOÑA IRENE

(Santiguándose.) No blasfemes. El Nuncio ha hecho voto de castidad.

ESCENA X

LAS MISMAS Y DOÑA TOMASA por la derecha.

DOÑA IRENE

(Imperativa.) ¡Ah! Tomasa, llegas a tiempo. Aquí tienes a tu hija que es muy dura de pelar. Le ha hipnotizado el diantre ese de periodista. Y no hay manera de encarrilarla.

SEÑORA TOMASA

Vamos hija, que se trata de tu porvenir. No interpretes mis consejos y los de tu tía como una imposición a tu voluntad.

DOÑA IRENE

Reflexiona con calma. No te dejes alucinar por el esplendor de una gloria de papel y tinta, porque en este país el periodista nunca pasará de la categoría de un desdichado entremetido, tijereteador de vidas ajenas.

LOLING

Con Jacinto no me unen otros lazos que los de una amistad franca, noble y sincera. Soy admiradora de su talento, y nada más. No se empeñen ustedes en afirmar lo contrario.

DOÑA IRENE

Los periodistas son unos pobres de espíritu, desordenados lo mismo en lo moral que en lo físico, infelices visionarios que van por el mismo camino por donde pasaron Apong Ipe y Papa Isío.[1]

LOLING

Digan ustedes lo que quieran de esa gente, a mí no me alterarán ustedes el sueño. Al fin y al cabo, cada maestrillo tiene su librillo.

DOÑA IRENE

Sí hija. El periodista puede ser todo lo que quieras: ídolo del pueblo, terror del gobierno, encauzador de la opinión, etc., etc., pero en la familia es una calamidad. Fuera de casa, es el Cuarto Poder. Dentro de ella, y en funciones de marido, es... la carabina de Ambrosio.

---

[1] Apong Ipe y Papa Isío eran jefes de una cuadrilla de fanáticos que han dado bastante que hacer a las autoridades. Pronto dió cuenta de ellos la justicia, y el uno fué ahorcado y el otro murió en la cárcel mientras servía su condena.

SEÑORA TOMASA

La vida quiere decir comodidad, cosa completamente desconocida en esta casa. El pasado debe servirte de provechosa lección.

DOÑA IRENE

En resumen, ¿qué es lo que ustedes pretenden?

SEÑORA TOMASA

Muy sencillo. Si eres buena hija y no olvidas los beneficios que has recibido de tu madre, siquiera el de haberte traído a la vida, no vacilarás en aceptarlo. Se presenta una buena ocasión para hacerte con un excelente marido. Nuestro vecino, el potentado Don Félix, se ha dignado pedirme tu mano.

DOÑA IRENE

Un pez gorde. Hay que aprovechar la oportunidad.

LOLING

¡Don Félix, el vejete, el usurero! ¡Y se ha dignado pedir mi mano! (Con energía.) ¡No quiero!

SEÑORA TOMASA

(Se levanta furiosa.) ¡No puede ser! ¿Y mi compromiso? ¡Vas a matarme a disgustos!

DOÑA IRENE

(Imitando la actitud de su hermana.) Y vivirás maldecida para siempre, aquí y en la otra vida. (Apocalíptica.) El infierno está lleno de hijas desnaturalizadas. Debes temer la mano de la Providencia.

LOLING

(Llorosa.) ¡No quiero, suceda lo que suceda! A ese vejete le aborrezco con toda mi alma. (Llora desconsoladamente.)

SEÑORA TOMASA

(Furiosa.) ¡Mala hija! ¡Ya me pagarás tu desobediencia! Has pisoteado mi dignidad... pero al freir será el reir. Lo verás.

DOÑA IRENE

¡Majadera! ¡Ingrata! ¡Al infierno contigo ese condenado periodista! (Salen por la derecha Doña Irene y Señora Tomasa. Loling sola en la escena, llorando.)

ESCENA XI

LOLING, a poco JACINTO.

LOLING

(Toda apesadumbrada, levanta la cabeza lentamente y con un pañolito se enjuga los ojos arrasados en llanto. Habla temblándole la voz.) ¡Qué iniquidad! El corazón es libre, y su esclavitud ha sido siempre la bancarrota de la felicidad. ¡Dios mío, mi corazón quiere ser libre, volar sin trabas hacia donde le lleve el bien amado!... (Vuelve a hundir el rostro en ambas manos.)

JACINTO

(Con asombro, sorprende a Loling en su dolorosa actitud.) ¡Eh! ¿Qué es eso Nena? ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? ¿Por que lloras?

LOLING

(Secándose los ojos para disimular su pena.) Nada, no te preocupes. A veces me pongo a pensar que una nube proterva puede empañar la diafanidad de nuestra ventura, y entonces me asaltan lúgubres presentimientos hasta el punto de hacerme desfallecer. ¡Debilidades del corazón! Con decirte que, aun en los momentos más felices de la vida, cuando a tu lado y abstraída de las tristezas de la realidad, escucho de tus labios las halagüeñas promesas del porvenir, una ráfaga de aire helado pasa por mi espíritu, haciéndole temblar de frío y de orfandad.

JACINTO

El corazón se me acongoja oyendo tus palabras. Alguna tempestad hace estragos en tu alma y en vano pretendes disimular tu inquietud. Mírame bien, Loling... así... (Loling le mira con los ojos abiertos.) Buceando en lo hondo de ese mar, descubro tu angustia.

LOLING

¿A qué negarlo? Sufro demasiado, por ti, por mí, por nuestra felicidad amenazada.

JACINTO

¿Ocurre algo serio? (Se sientan.)

LOLING

Mamá ha empezado a sospechar de nuestras entrevistas literarias. Y

ya sabes que a ella le produce bascas todo lo que trasciende a periodismo y literatura.

JACINTO

No creo que la cosa sea tan grave como a tí se te antoja... Egoismo maternal, muy explicable.

LOLING

(Sorprendida del optimismo de Jacinto.) Eso y algo más. Mamá ha resuelto tomar medidas enérgicas y puede quedar sacrificado nuestro cariño. Tía Irene ha venido expresamente para ayudar a mamá a conspirar contra nosotros. Me han hablado extensamente del asunto. Trataron antes de disuadirme, valiéndose de advertencias cariñosas, quisieron luego ejercer presión sobre mi voluntad, y acabaron por maldecirme y amenazarme.

JACINTO

(Levantándose nervioso.) ¿Es cierto lo que dices? ¿No deliras?

LOLING

Como lo oyes. Y no es eso lo peor. Me obligan a aceptar una proposición de matrimonio que les parece una ganga. ¡Y nada menos que con el percebe de enfrente, ese carcamal de Don Félix!

JACINTO

¡Vaya con el jumento melancólico! ¡No tiene pocas pretensiones! Y ¿qué hacémos? ¿Nos cruzaremos de brazos ante el peligro? ... ¿Qué dices?

LOLING

¡Resignación!

JACINTO

¡Falso brevaje! ¡Imperdonable cobardía que nos dolerá después con el dolor de un remordimiento perenne! ¿Es que no existe otro recurso?

LOLING

Por hoy es lo más prudente y practicable.

JACINTO

Y más cómodo también. Pero no es esa la cuestión. ¿Por qué no aprovechamos estos instantes en que nuestra felicidad todavía depende en gran parte de nosotros? Más tarde, cuando recrudezcan las iras de nuestros adversarios, estaremos como nunca separados. Hoy más que

nunca se impone llevar a cabo lo que repetidas veces te he propuesto: fundar nuestro hogar.

LOLING

(Pensativa y vacilante.) Jacinto, tengo miedo...

JACINTO

¿A qué?

LOLING

Al mañana, al porvenir, a lo desconocido, ¡qué se yo!

JACINTO

Y sin embargo, esta situación oscura e indefinida no te preocupa. Eres incomprensible.

LOLING

Temo un arrepentimiento tardío e inútil.

JACINTO

Te encuentro demasiado pesimista. (Pausa.) Ya sé que te preocupa la idea de vivir con un hombre maltratado por la fortuna e incapaz de proporcionarte una vida de lujos y comodidades. No tengo más tesoro ¡bien lo sabes! que mis ideas y mis convicciones; por única ambición, la libertad de nuestra amada patria, quimera ridícula según creencia de muchos; por ocupación, mis campañas periodísticas, que, al decir de la gente, valen tanto como las muy conocidas aventuras de aquel admirable hidalgo manchego.

LOLING

Si me juzgas ambiciosa, te equivocas. Sólo me apesadumbra el pensar en la futura orfandad de mi cariño por culpa de la inconstancia y la ingratitud.

JACINTO

Nada temas. El cariño nunca se pierde para siempre, porque es algo inherente a nuestra naturaleza. Es oro puro que lleva el sello de la propia alma. Si se va, vuelve otra vez con mayor intensidad.

LOLING

Acaso vuelva, mas para buscar un objeto nuevo: el cariño es amigo de novedades. Tú mismo has dicho que en este mundo todo cambia, hasta lo que tenemos por más inquebrantable y eterno.

JACINTO

Cuando se ama de veras, los obstáculos del camino se hacen invisibles. Olvida la realidad, si pretend es realizar algo grande en la vida. ¡No hay más realidad que la ruta de nuestros sueños! (Pausa.) ¿Me quieres de veras? ¿Eres capaz de cualquier sacrificio para salvar nuestro cariño?

LOLING

¿Lo dudas aún? ¿Por qué me lo preguntas?

JACINTO

Entonces, ¿qué te detiene? La vida es muy corta y en toda ella no hay más que una hora para el amor, la única que vale la pena de ser vivida. ¿Por qué no gozarla intensamente? Mañana, el mundo será otro, hasta nosotros ¡quién sabe! seremos distintos; acaso ya no importe entonces vivir feliz, porque la hora del amor habrá pasado...

LOLING

Pensar que algún día dejarás de quererme ¡qué tristeza!

JACINTO

No y mil veces no. Sobre todas las amarguras de la realidad, flotará victorioso nuestro cariño, como maravillosa arca de salvación... ¿Qué decides?

LOLING

(Después de una lucha interna.) Sí, voy contigo, a donde quiera que vayas, a ocupar en tu corazón el lugar de una madre, de una hermana, de una hija, de una esposa; a ceñirme la frente con tus laureles o a caer contigo en la brecha...

JACINTO

Ahoga tu emoción, y pensemos en la mejor manera de llevar a cabo esta dulcísima y redentora conjura.

LOLING

Lo que se te ocurra. Me avengo a todo.

JACINTO

(Volviendo la cara de un lado para otro, como para ver si hay quien les escucha, comprimiendo la voz.) Esta noche... entre once y doce... te espero en vuestro jardín. Allí lo encontrarás todo dispuesto.

LOLING

Y ¿a dónde iremos?

JACINTO

Al país del ensueño, a la ciudad ideal, para fundar un hogar donde orar por la salud de la patria irredenta y de nuestros hermanos. ¿No faltarás esta noche?

LOLING

Amor me prestará sus alas para volar a tu lado. Iré a donde tú vayas, a donde el Destino nos lleve a los dos. Al Tabor o al Calvario: ¿qué importa el sitio?

JACINTO

Al Tabor, porque en tu compañía jamás conoceré la derrota. ¡No habrá espacio suficiente para el vuelo que vamos a dar!... (Váse.)

ESCENA XII

LOLING, después MERCEDES.

LOLING

Estoy decidida. Si es dulce esperar, es mucho más dulce realizar una esperanza... ¿Por qué sacrificar nuestro cariño? ¿Quién nos agradecerá el sacrifico?

MERCEDES

Qué, ¿le has hablado? ¿Qué pensáis hacer?

LOLING

¿Yo? Resignarme mientras pueda.

MERCEDES

Tu situación es muy difícil. Mamá ha de transigir tarde o temprano, porque es madre, al fin; pero esa señorona (por Doña Irene) es capaz de todo por dar al traste con vuestros planes. Esa mujer se opone sistemáticamente a tu matrimonio con Makaraig. ¡Te tiene una ojeriza! . . .

LOLING

¡Qué conspiren cuanto quieran? Yo me burlaré de sus conjuras.

ESCENA XIII.

LAS MISMAS Y DON FLORENCIO.

DON FLORENCIO

(Por el fondo.) ¡Buenos días! ¿Cómo están?

MERCEDES

Bien ¿y usted? Y la familia ¿buena?

DON FLORENCIO

Sí señoras, buena, buena de salud, pero pocas pesetas.

LOLING

Buena salud, eso es lo indispensable. Lo demás no. Cuando no había pesetas, andarían las cosas más a gusto.

MERCEDES

Los tiempos están muy malos, Don Florencio.

DON FLORENCIO

Los tiempos no pueden ser mejores, señora. Ahora que, claro está, como somos tantos y no cabemos todos en el comedero, sólo se rellenan el bandullo los que tienen buenas mandíbulas. Los bienes están mal distribuídos, eso sí, pero de progreso estamos hasta la coronilla.

MERCEDES

Sea cual fuere su verdadera causa, lo cierto es que existe un mal de carácter grave que aqueja a la gente. Esos mismos que tienen las manos en la masa, como usted dice, maldicen de su suerte y hasta llegan muchas veces a envidiarnos, creyéndonos más felices.

DON FLORENCIO

El mal del siglo, señora. ¿Qué quiere Ud. que le diga? Nuestra sociedad está neurasténica. Somos los hombres de hoy más ricos, más sabios, más progresivos, en una palabra, que nuestros abuelos, pero también más tristes. El alma contemporánea, pese a las magnificencias del siglo, desigualdad social, los privilegios. . . .

LOLING

Eso ya es muy elevado y serio para nosotras, Don Florencio.

DON FLORENCIO

Verdad. Para mí el genuino encanto de la mujer consiste en la frivolidad, en lo alado de sus pensamientos, de sus gustos, de sus aficiones, de toda ella, en fin. A pesar de las pretensiones del sufragismo y de esta fiebre progresiva de nuestras contemporáneas, sigo siendo muy puritano en eso de la verdadera misión que debe llenar la mujer tanto en el hogar como en la sociedad. Una mujer tanto en el hogar como en la sociedad. Una mujer trascendental me produce la misma impresión que... vamos... un Cristo con un par de pistolas.

LOLING

(Riendo.) ¡Já, já, já! Pero le estamos molestando con nuestra charla insulsa y vulgar. Con su permiso, avisaremos a Antonio. Fume usted mientras tanto. (Le ofrece tabacos y una cerilla encendida.)

DON FLORENCIO

Si no temiera distraerlas de sus atenciones caseras, preferiría vuestra charla a cualquier otra, por culta e ilustrada que fuese.

MERCEDES

Siempre tan cortés y amable. Con su permiso. (Las dos hermanas saludan con la cabeza y salen por la izquierda.)

ESCENA XIV

DON FLORENCIO, solo.

¡Qué almas de mujer! Viéndolas y oyéndolas hablar, evocamos inconscientemente los prestigiosos nombres de Eloísa, Pardo Bazán, Madame de Sevigne. ¡Y luego hay quienes osan afirmar que el periodista es una calamidad dentro del hogar! Estas dos mujeres refinadas y adorables, ¿no son, por ventura, un fragmento de la gran obra social que el periodista realiza tanto en la intimidad de la vida, como en la candente palestra de las luchas políticas y sociales? ¿No ha prendido en estas dos almas femeninas la misma chispa de revolución cultural que el periodista promueve y desarrolla dentro de la gran comunidad nacional?. . . .

ESCENA XV.

DON FLORENCIO y ANTONIO.

ANTONIO (por la derecha.)

Siempre, cavilando, mi querido Don Florencio.

DON FLORENCIO.

¿Qué tal, Don Antonio? ¿Cómo va ese valor?

ANTONIO

Así, vamos tirando. ¿Ha mucho que esperaba?

DON FLORENCIO

Hace rato. Su señora y Lolita me han entretenido con su conversación tan amena que hasta me olvidé de la misión que me ha traído aquí.

ANTONIO

A Don Florencio, al amigo, más íntimo de casa, siempre se le trata bien. No han hecho más que cumplir con su obligación.

DON FLORENCIO

Esos dos ángeles con faldas son obra suya exclusivamente. Para mí constituyen uno de los más señalados triunfos de su labor social.

ANTONIO

En tratándose de mí, siempre exagera usted los conceptos. Más justo y menos galante le quiero a usted.

DON FLORENCIO

Vamos, Don Antonio, que nunca Fray Modesto llegó a Prior. Insisto en que puede usted gloriarse de los resultados prácticos y positivos, no tanto de sus empresas políticas, como de las que realiza usted silenciosamente en la intimidad del hogar. Es usted un afortunado.

ANTONIO

¿. . .?

DON FLORENCIO

Sí, señor, un afortunado. En el sentido de que usted gozará del resto de su existencia, satisfecho de haber cumplido con un deber sacratísimo, y convencido de que la posteridad habrá de recoger más tarde el fruto de su

sacrificio y abnegación. Su acción es eminentemente constructiva. Su labor es la más extendida dentro de la comunidad.

ANTONIO

Tendría usted su parte de razón, si los resultados de esa obra educativa fueran seguros y decisivos. Desgraciadamente, bajo este régimen, todo empeño por impulsar y dirigir la vida colectiva hacia su bienestar y adelantamiento, naufraga en la borrasca de las intrigas y tendencias obstrucionistas de ciertas instituciones que miran con recelo las más sanas intenciones de los radicales del país.

DON FLORENCIO

No importa. El sacrificio esta consumado, está echada la semilla, y algo quedará en el surco. El bien, como el mal, no puede extirparse por completo. Así lo exige el equilibrio social.

ANTONIO

Lo que sobreviva será tan exiguo e insignificante que no bastará a constituir la base de una fuerte nacionalidad. Tenemos enfrente mucha fuerza.

DON FLORENCIO

No se desaliente usted. La libertad es muchas veces obra de siglos. Hay que reconquistar el terreno palmo a palmo. El éxito de su labor está firmemente garantizado.

ANTONIO

¿Lo cree usted así?

DON FLORENCIO

Lo creo con toda la fuerza de mis convicciones. Usted está demasiado inmediato al foco para que aprecie la intensidad de su luz. De más lejos y libre de sus rayos, se ve mejor. Y, créame, Don Antonio. Se ha avanzado mucho. No hay remedio. Cuando el dedo de Dios ha señalado en la historia el lugar y la hora en que ha de nacer un pueblo a la vida internacional, allí nacerá a despecho de todo el mundo.

ANTONIO

(Vivamente emocionado.) Gracias, muchas, gracias, Don Florencio. Sus palabras levantan mi corazón y fortalecen mi fe. La hidalguía y nobleza de su alma es acreedora a la gratitud de todos los filipinos honrados.

DON FLORENCIO

Todo buen español no puede menos de mirar con agrado el bienestar y la felicidad de un pueblo conquien vive ligado con lazos morales indestructibles y cuya educación básica la formó España. Las afecciones engendradas por una comunidad de cultura, de religión, de historia, de lenguaje, de civilizacion y de aspiraciones, no las pueden borrar ni el tiempo, ni el progreso, ni las futuras conquistas.

ESCENA XVI

LOS MISMOS Y JACINTO.

JACINTO

(Por el fondo.) ¡Don Florencio! ¡Qué sorpresa más agradable!

DON FLORENCIO

¡Hola, amigo Makaraig! ¿Cómo andamos?

ANTONIO

Pensaba que ud había ido usted a la Redacción.

JACINTO

Sí, pero me encontré en la calle con un noticion sensacional y quise desandar lo andado para ser el primero en poner a ustedes al corriente de lo que ocurre.

DON FLORENCIO

Desembuche usted, que ya hace un mes que nada nuevo rompe la monotonía desesperante de esta vida gris.

JACINTO

(Desdoblando un periódico.) El "American Daily Times" trae en su número de hoy un editorial de pésima intención. (Se dispone a leerlo.)

DON FLORENCIO

No, no lo lea usted, porque sé tanto de inglés como usted de cantar misa. Será mejor que usted nos explique en breves palabras y en la lengua que nos es familiar lo que dicen esos caballeros.

ANTONIO

Traiga usted. Voy a verlo. (Leyendo para sí.)

Es una directa insinuación al Gobierno para que nos procesen.

JACINTO

Eso es. Los muy mal pensados han querido sacar punta de nuestro editorial del otro día, dando a entender que aludimos a cierto funcionario del Gobierno.

DON FLORENCIO

El gobierno es bastante sensato para no hacer caso de esas denuncias indirectas. Y si hay quien se da por aludido, más le valdría callarse para que la podre no trascendiese.

JACINTO

Cierto. Y de lo contrario, su conducta sería sumamente impopular y anti política.

ANTONIO

Le aseguro a usted que hemos abordado la cuestión en términos generales, aunque los sugieran los actos determinada figura; pero usted sabe que la ley de libelo es demasiado elástica.

DON FLORENCIO

Y el que hizo la ley hizo la trampa.

JACINTO

Por eso entiendo que dentro de la situación, las campañas de la prensa dan muy pocos resultados. Hasta para decir la verdad estamos harto cohibidos. Cualquier airecillo de arriba puede romper el hilo que sostiene esa espada de Damocles que se balancea sobre nuestras cabezas.

DON FLORENCIO

Para todo eso no hay más solución que el gobierno propio.

ANTONIO

Si éste no viniese lo antes posible, se habrá consolidado, a la vuelta de algunos años más, total y definitivamente, en manos de los "trusts" la posesión material de las islas. Somos pocos, y peor que eso, débiles, y pereceremos con toda seguridad en la competencia. Ellos tienen a su servicio el dinero, la experiencia, el poder, los privilegios. Y cada día se van acumulando en el país los intereses creados. El mejor instante nos encontramos con que ni siquiera tenemos un pequeño solar donde refugiarnos, huyendo de los horrores de esta terrible penetración pacífica.

DON FLORENCIO

Filipinas sería entonces el imperio de la plutocracia que, justo es decirlo, tiene menos entrañas que la más despótica de las monarquías.

JACINTO

Lo que ocurre hoy en Cuba y Puerto Rico. ¿De qué les sirve a los cubanos su independencia? Cuba está materialmente en manos extrañas, y hasta esa independencia política desaparecería el día en que la intriga promueva allí una revolución soliviantando el ánimo de los descontentos. Vendría entonces la anexión, y la bandera y el ideal cubanos caerían para no erguirse más. Puerto Rico empieza a conformarse con su suerte, convencido quizás de que su nacionalidad ha naufragado para siempre en la vorágine de la ambición y la avaricia de los hombres. Por el mismo plano inclinado descendemos los filipinos vertiginosamente, y ni el empeño de los radicales ni la buena intención de los demócratas lograrán detenernos: estamos empujados por una fuerza fatal, incontrastable. . . .

ANTONIO

Vamos amigo, no tanto ni tan calvo. Aun no es tiempo de abandonar totalmente las esperanzas. Hay que confiar en la justicia de los hombres. Dios está con nosotros, por que nuestra causa es la suya.

DON FLORENCIO

Y ¿por qué desconfiar? Son muy serios los compromisos.

JACINTO

¡Fíense ustedes de compromisos! Los hombres de este siglo tienen mala memoria. El altruismo es un trasto inútil en esta época de ambiciones, y quien espere en esa virtud desconoce la esencialidad de las tendencias modernas. (Pausa) ¿A dónde irían a parar esos millones de "orquídeas sociales" el día en que se les escape la vaca lechera?

ANTONIO

Habrá muchos garbanzos negros; ¿en qué puchero no los hay? Pero, ¿qué valor representan esos elementos advenicios frente al derecho fundamental del pueblo? No tienen derecho de oponerse a la felicidad de ocho millones de filipinos, por la sola razón de que no conviene a sus intereses creados.

DON FLORENCIO

Una oposición de tal naturaleza implicaría la ausencia del sentido común.

JACINTO

Eso es lo que se echa de menos en esta convivencia: el sentido común. En las colonias no se le conoce. Los colonizadores tienen muy desarrollados todos los demás sentidos: el tacto, el olfato, el gusto, la vista y el oído; pero el sentido común, ¡muy romo!

DON FLORENCIO

¿Cómo dice?

JACINTO

(Subrayándolo.) ¡Muy romo! (los tres se echan a reir.)

DON FLORENCIO

Vamos, que está usted muy de humor. Pero, oiga usted amigo Makaraig, si usted no espera nada, ¿por qué no abandona la palestra?

JACINTO

El que lucha por un ideal grande, mi querido Don Florencio, ha de amar la lucha por el puro placer de luchar, no por el triunfo, no por el botín, ni siquiera por la gloria. El premio del esfuerzo es el esfuerzo. "Por necesidad batallo". . .

ESCENA XVII

LOS MISMOS Y DOÑA IRENE.

DOÑA IRENE, por la derecha.

¡Oh, mi querido Don Florencio! ¿Cómo está usted que anda tan desaparecido? No se le ve sino de higos a brevas. (Le estrecha la mano con coquetería y afectación.)

DON FLORENCIO

Muy bien, señora, muchas gracias. Los que no cortamos ni pinchamos en esta situación, no nos exhibimos a menudo, sólo lo necesario para enterar a los amigos de que seguimos viviendo, a pesar de lo malos que están los tiempos, si es cierto lo que todos dicen.

DOÑA IRENE

(Se fija en Makaraig y le alarga la mano con aire protector y compasivo.) ¿Es usted el Sr. Makaraig? Tanto gusto en saludarle.

JACINTO

A los pies de usted, señora. Su nombre es muy conocido y apreciado en la sociedad de Manila, por el altruismo y largueza de su corazón, por la dulzura de su trato, y por la magnificencia de sus fiestas de que tanto se hacen lenguas las gentes.

DOÑA IRENE

Es usted muy amable.

DON FLORENCIO

Hago mías las afirmaciones del amigo Makaraig. La verdad ante todo.

DOÑA IRENE

Bien pero no consiento que hablen ustedes por referencias. Les invito a mi próximo "tea-party", para que en adelante puedan hablar de mis fiestas por ciencia propia. Habrá su poquito de concierto, y se bailarán todos los bailes conocidos, desde el más típico hasta el más exótico.

DON FLORENCIO

¿Incluso el "rag", señora?

DOÑA IRENE

Eso no. Me han dicho que es un atentado a las buenas costumbres.

JACINTO

Señora, ¿se olvida usted de quien nos trajo las gallinas?

ANTONIO

Incurre usted en una inconsecuencia.

DOÑA IRENE

Más vale una inconsecuencia que una sistemática censura. No me negarán ustedes que parte del progreso de que aquí todos gozamos se lo debemos a esa gente.

DON FLORENCIO

Por pura casualidad, señora. Vivimos en pleno siglo de evolución mundial, y los filipinos que so talentosos y diligentes, no hubieran podido menos de sumarse a ese movimiento progresivo internacional, aun sin la ayuda de gente de fuera.

JACINTO

En realidad hemos andado con nuestras propias piernas.

DOÑA IRENE

Lo que digo, Don Florencio, es que estos periodistas lo encuentran todo detestable. En otros términos, falta de adaptación al medio.

ANTONIO

¡Adaptación al medio! ¡Valiente aspiración! Una sociedad formada exclusivamente de adaptados es un rebaño. A la labor de los otros, de los inadaptados, debe la Humanidad la elevación de su nivel moral y el acrecentamiento de su herencia espiritual las razas. Sócrates, Kropotkin, Tolstoi, y sin ir más lejos, los dos grandes orientales Rizal y Sun yat Sen, ¿qué, fueron sino almas rebeldes, temperamentos inadaptados, que, por encima de las más íntimas afecciones y las conveniencias más tentadoras, consagraron sus esfuerzos a la destrucción de un medio social corrompido para crear otro a su imagen y semejanza?

DON FLORENCIO

Señora, yo soy un extraño, y al hablar de cuestiones filipinas, nadie podrá tildarme de parcial y apasionado. Pero entiendo sinceramente que el pueblo tiene mucho que agradecer a los periodistas. Esos espíritus desinteresados, con generoso heroísmo, lo sacrifican todo: posición social, vida fácil y lucrativa, en aras del bienestar común. Gracias a ellos, el pueblo filipino no ha corrido hasta ahora la suerte de la sometida Polonia, y tiene aún ardiente la fe, fortalecida la esperanza, incólume el ideal. La posteridad se encargará de bendecir la obra de esos heroes que le han conservado el suelo de su patria, para no vagar errante por la tierra; que han defendido sus heredades frente a la voracidad de los grandes intereses, para no mendigar su pan; que han mantenido intactas su moral y sus costumbres tradicionales frente a las avalanchas del progreso; que le han legado, en fin, una historia, el gran libro de oro de sus porfiadas luchas por la libertad.

DOÑA IRENE

Reconozco los méritos de esa labor. Lo único que digo es que ellos son muy pocos y nada podrán contra la legión enemiga donde militan la fortuna, el poder y el número.

JACINTO

Somos muy pocos, es verdad, y de eso nos lamentamos. Pero ¡cómo ha de ser! Hay tanta cobardía moral, y son tan pocos los que tienen el valor de desplegar la propia enseña. Todos prefieren militar a la sombra de las grandes banderas para amparar sus ambiciones y egoísmos, todas van en busca de la comodidad.

DON FLORENCIO

Es muy deliciosa esta charla, pero debe de ser ya muy tarde. (Mirando el relój.) Son las diez. ¡Qué manera de correr el tiempo!

ANTONIO

¿Tiene usted algún compromiso?

DON FLORENCIO

Ninguno que no pueda eludir.

JACINTO

También pienso marcharme. Voy con usted.

ANTONIO

Quedamos en comer juntos.

DOÑA IRENE

Habrá que seguir la conferencia.

DON FLORENCIO

Cómo usted guste, señora. El placer será mío.

ANTONIO

Y de este servidor. (Salen Don Florencio y Jacinto por el fondo.)

ESCENA XVIII.

DOÑA IRENE Y ANTONIO

DOÑA IRENE

Antonio, necesito hablarte de un asunto muy importante. Aprovechemos estos momentos en que estamos solos y nadie puede perturbarnos.

ANTONIO

(Secamente.) Diga usted

DOÑA IRENE

Ante todo te advierto que no debes interpretar como una intromisión lo que es propósito sincero de que tu situación mejore. Mira, vuestra vida no puede continuar como hasta aquí. Tus deberes familiares exigen de tí el sacrificio de buscar otro "modus vivendi" que garantice el porvenir de tus hijos.

ANTONIO

Le agradezco cordialmente el interés que siente por nosotros. Pero, por ahora, no puedo complacerle. Quizás cuando vea apagada la última esperanza, piense en otra cosa. Pero hoy que siento en mis manos triunfar el ideal, equivaldría a una infame abdicación volver la espalda a la lucha, para descansar, sin mérito para ello, en la cómoda ignorancia de los grandes problemas de la vida nacional.

DOÑA IRENE

Sirve a tu patria en otro terreno. Busca otra profesión que sea compatible con el porvenir de tus hijos.

ANTONIO

Estoy ligado en pacto de por vida a este apostolado. No hay poder, ni amor, ni afección en la tierra capaz de quebrantar el voto perpetuo hecho por mi solemnemente ante el altar inviolable de mi conciencia. Por otra parte, no veo que mi oficio sea incompatible con mis deberes en el hogar.

DOÑA IRENE

¿Lo crees así? ¿Pienses cándidamente que con tu mezquino haber tienes asegurado el porvenir de tus descendientes?

ANTONIO

Que luchen como he luchado yo, como han luchado tantos otros que han dejado huellas en la historia.

DOÑA IRENE

¿Y si mueres sin dejarles carrera?

ANTONIO

No es indispensable para vivir un título académico. Eso da tono, viste, pero no es necesario. Sean honrados, e importa poco que sean obreros o capitalistas, simples ciudadanos o funcionarios de categoría.

DOÑA IRENE

¡Dale con la honradez! ¡Honradez y miseria, valiente patrimonio!

ANTONIO

Honrados y desnudos nacimos. Ninguno sale del vientre de su madre hecho ya un Secretario del Interior o Administrador de Rentas Internas. Sólo los primogénitos de los Reyes nacen soberanos, y eso. . . por la gracia de Dios y de la Constitución.

DOÑA IRENE

¿Y por qué pudiendo dejarles un porvenir digno de estos tiempos, prefieres entregarles a los azares de la lucha por la existencia?

ANTONIO

¿Qué más da? Todos luchan, todos padecen. La humanidad entera sube al Calvario. El trabajo y el dolor son ley de vida.

DOÑA IRENE

No eres un hombre de tu época. Vives pegado a tu concha, cuando todos se dejan arrastrar por las grandes corrientes de la vida moderna. Eres digno objeto para un museo de rarezas. Pues bien, no obstante tu ingratitud y tu terquedad insensata, no puedo consentir que esas inocentes criaturas padezcan más tarde por tu culpa. Te arrojo la última tabla. Agárrate a ella, en nombre de Dios que te exigirá estrecha cuenta de tus locuras. Patricio te colocará en el Gobierno con 500 pesos al mes. (Desdeñosa.) Eso ya es muy decente para ti. ¿Lo aceptas?

ANTONIO

Bendigo desde el fondo de mi alma su buena voluntad y la alteza de sus miras. Pero no puedo aceptar su ofrecimiento sin hacer traición a mis creencias. Dentro de mi esfera, haré todo lo posible para adecentar la situación de mi familia. Pero, no puedo ir más allá del deber, de mi sagrado deber de periodista... (Mirando el reloj.) Ya es muy tarde. Con su permiso. En la redacción me esperan muchos trabajos. (Vase por el fondo.)

DOÑA IRENE

¡Adiós, gran periodista! (Con burla.) ¡Vaya usted a salvar la patria!

ESCENA XIX

DOÑA IRENE, después MERCEDES.

DOÑA IRENE

¡Estúpido, imbécil! ¡Allá tú con toda la recua de majaderos! (A Mercedes que aparece por la derecha.) Tu marido ha perdido el juicio. No hay remedio para ese. (Mutis derecha.)

ESCENA XX

MERCEDES y LOLING.

MERCEDES

(Mercedes queda por un momento sola en la escena, llorosa. A poco sale Loling por la derecha y le sorprende en esta actitud.)

LOLING

¿Lloras? ¿Has tenido algún disgusto por causa de esa cariñosa parienta?

MERCEDES

¡Ah, Loling! ¡Quién pensara que aquel entusiasmo de antes llegaría a trocarse en este desfallecimiento espiritual!

LOLING

Debes de estar enferma. Me asombran tus palabras.

MERCEDES

No, no es una enfermedad del cuerpo la que comunica a mi espíritu esta penosa sensación de angustia. Es mi espíritu que se desmorona. El mal que sufro es una parte de ese gran dolor universal que se llama desilusión.

LOLING

¿No eres feliz, por ventura?

MERCEDES

Infeliz, no. Pero preferiría no haber conocido a Antonio. Mi imaginación alucinada por la aureola de su prestigio y el esplendor de sus glorias futuras, siguió el vuelo intrépido de sus sueños de regenerar la sociedad, de libertar el país, de formar después un nido de oro, donde encastillar nuestro amor, inmortal como su ideal. Yo me creí entonces fuerte, dispuesta a todo linaje de sacrificios, porque la misma fe y las mismas esperanzas de Antonio me alentaban. En vano me advirtió mamá el paso arriesgadísimo que iba a dar, aconsejándome la conveniencia de casarme con otro hombre que pudiera hacerme feliz. Fuí obstinada, rendí el natural tributo a mi corazón enloquecido; mas, el tiempo y los hechos le han dado la razón a mamá. . .

LOLING

No me explico la causa de tu desencanto. Eres joven y hermosa, te has casado a gusto, tu marido es un portento de bondad, inteligente y entusiasta, y la aureola de su gloria circunda por igual vuestras dos cabezas enamoradas. ¿Qué más deseas?

MERCEDES

Todo eso es música. La vida es más seria de lo que parece a muchos

ilusos como tú, como yo, cuando, borracha de ensueño, no comprendía otra vida fuera de la que miraba al través de mi fantasía febril y alocada.

LOLING

Cuando se ambiciona mucho, es imposible la felicidad. La conformidad con el lote que le ha tocado a cada uno en la repartición de los placeres, hace amable la vida, amables todas las cosas.

MERCEDES

Yo razonaba como tú, cuando mamá estaba empeñada en calificar de desatino mi matrimonio con Antonio. Y, sin embargo, ya lo ves. . .

LOLING

Es que no eres fuerte de veras. Alardeaste de fuerza para satisfacer una exigencia de tu corazón. En realidad, eres un temperamento débil, incapaz de luchar y sufrir. ¡Arriba tu corazón!

MERCEDES

No tienes derecho a hablar así, porque no estás en mi terreno. No tienes cuatro hijos, ni gravita sobre tus hombros la responsabilidad de alimentarlos, vestirlos y educarlos; ni como yo estás condenada a obrar milagro todos los días con la asquerosa suma de doscientos pesos, precio infame a que se cotiza en este país de las viceversas y paradojas el cerebro de un encauzador de la opinión Pública.

LOLING

Toda esa carga es poca para un espíritu medianamente resuelto y esforzado.

MERCEDES

Estás hoy muy inspirada, porque ves reír la vida en torno tuyo. Tus palabras consuelan, pero no convencen. La realidad es más fuerte. ¡Si al menos no tuviera hijos! ¡Si no tuviera que pensar en su porvenir!. . . (Triste y cabizbaja, vase por la derecha. Loling trata de marcharse, pero al trasponer la puerta, entra Jacinto, jadeante, por el fondo, y le llama.)

ESCENA XXI

LOLING Y JACINTO

JACINTO

¡Loling!

LOLING

¡Jacinto! ¡Aquí otra vez!

JACINTO

¡Christ!. . . ¡Qué no nos oigan! ¿Está Don Antonio?

LOLING

Se ha marchado ya. Pero, ¿qué ocurre?

JACINTO

¿Estas ya dispuesta?

LOLING

Cuando dispongas.

JACINTO

¿Nada temes? ¿Y si la realidad fuera demasiado despiadada?

LOLING

No hay más realidad que el camino de nuestros sueños, tú lo has dicho.

JACINTO

¿Y si me arrebataran de tu lado para encerrarme en una mazmorra?

LOLING

Te ayudaré a cargar tus cadenas: seré valerosa en esa ocasión y en todo tiempo.

JACINTO

Acaso maldigas de tu suerte, y tengas un gesto de desdén y burla para el Quijote moderno que tuvo la ridícula osadía de dar coces contra el aguijón. ¿No es verdad?

LOLING

Tus palabras me llegan al alma. No me hagas padecer con el suplicio de tus recelos y desconfianzas. Me crees incapaz, porque soy mujer, de volar en pos de un ideal grande, y de poseer un corazón enorme donde quepan el amor más sublime y el sacrificio más inaudito. Abandona tus temores. El tiempo se encargará de juzgarme.

JACINTO

¡Perdóname, Loling! Tus palabras llenas de grandeza me han trasportado. No, no dudo de la sublimidad de tu alma.

LOLING

Basta, Jacinto. No exageres. Ya no soy tu novia, sino tu propia alma, gigante y excelsa, encarnada en un trozo de barro miserable. (Transición.) ¿Por qué has vuelto a esta hora y me has preguntado cosas tan extrañas? ¿Ocurre algo grave? Dime lo que sea, que la ansiedad me exaspera.

JACINTO

Tienes razón. Tú debes saberlo, porque eres de los nuestros.

LOLING

(Con ansiedad.) Habla pronto.

JACINTO

Estamos procesados. Hay una honda agitación en las altas esferas. Flotan en el aire rumores de venganza y amenaza. ¡Vae victis!

LOLING

(Nerviosa.) ¿Es cierto? ¿Y sois perdidos?

JACINTO

Como lo oyes. Los poderosos son enemigos sin entrañas. (Pausa.) Pero ¿te asustas? ¿Retrocedes? ¿Me abandonas en esta hora suprema?

LOLING

¿Abandonarte yo? No vuelvas a lastimar mi alma. ¡Ten piedad!

JACINTO

¿Afrontaremos juntos el peligro?

LOLING

Contigo hasta el Calvario. Ya te lo he dicho. (Pausa.) ¿Por qué os denuncian?

JACINTO

Por un artículo del periódico, en que, por desagraviar a la opinión, se ha creído ver un agravio personal a cierto hombre de altura. (Pausa.) Este pleito será sensacional, y a la postre seremos los vencidos. El Gobierno ha hecho causa común con el que se cree ofendido, y la espada de Damocles caerá certera e infalible. . .

LOLING

¿Quién escribió el artículo?

JACINTO

No. . . no sé. . . Es. . . un secreto de Redacción.

LOLING

No me lo ocultes. El corazón me dice que es tuyo el artículo. ¿No es verdad que es tuyo? Dímelo, no me atormentes. . .

JACINTO

(Resuelta y enérgicamente.) No, no es mío. Lo he escrito, pero no es mío. Es de todo el pueblo filipino que clama por sus derechos atropellados, la protesta popular contra el abuso, el acento rebelde de los débiles, la ira santa de los oprimidos, el grito revelador de que aquí existe patria!

LOLING

(Hace un ademán de arrojarse en los brazos de Jacinto, pero el legendario pudor de la tagala se sobrepone a la emoción. Jacinto se adelanta y la abraza.) ¡Jacinto, ahora te quiero mucho más! Te veo más glorioso, porque vuelves herido de la palestra. Ya tengo un santuario donde depositar con más seguridad el tesoro de mis afecciones: ¡la primera herida que recibes en el combate! (Se separan.)

JACINTO

¡Llena eres de gracia, oh escogida entre todas! (Caminan un poco hacia la puerta del fondo, y se vuelve otra vez á Loling.) ¡Adiós! ¡Hasta luego! No faltes, que solo, sin tu compañía, me sentiría débil, acobardado, y moriría de rabia y desesperación con este nuevo golpe. . . Siento la proximidad de mi Santa Elena. . .

LOLING

(Enérgica, gloriosa, se acerca más a él, como atraída por un imán. No, no es tu Santa Elena. ¡Es tu Damasco! ¡Es la gloria que te busca, que desciende sobre ti. . .

JACINTO

(Abrazándola.) Que nos estrecha y nos funde. . .

T E L O N